

A golden icon of a pair of scales of justice, with a horizontal beam and two triangular pans hanging from it.

EL JUICIO
Y LA
SALVACIÓN

JIŘÍ MOSKALA





EL JUICIO
Y LA
SALVACIÓN

JIŘÍ MOSKALA



IADPA

EL JUICIO Y LA SALVACIÓN

EL MINISTERIO DE CRISTO EN EL SANTUARIO CELESTIAL

Original English title of work: Judgment as Salvation

Copyright © 2022 by Jiri Moskala.

All rights reserved. Spanish language edition published with permission of the copyright owner.



IADPA

Inter-American Division Publishing Association®

2905 NW 87 Ave. Doral, Florida 33172 EE. UU.

tel. +1 305 599 0037 - mail@iadpa.org - www.iadpa.org

Presidente **Saúl Andrés Ortiz**

Vicepresidente de Producción **Elías Peiró Arantegui**

Vicepresidenta de Mercadeo y Ventas **Ana L. Rodríguez**

Vicepresidente de Finanzas **Moise Javier Domínguez**

Dirección editorial

J. Vladimir Polanco

Traducción

Joel Iparraguirre

Diseño y diagramación

Norma Lescano

Diseño de la portada

Kathy Hernández de Polanco

Copyright © 2025 de la edición en español

Inter-American Division Publishing Association®

ISBN: 979-8-89914-064-8

283575

Impresión y encuadernación: **Editorial Nomos S. A.**

Impreso en Colombia / *Printed in Colombia*

1ª edición: noviembre 2025

Queda prohibida y penada, por las leyes internacional de protección de la propiedad intelectual, la reproducción total o parcial de esta obra (textos, ilustraciones, diagramación) su tratamiento informático y su transmisión, ya sea electrónica o mecánica, por fotocopia o por cualquier otro medio, sin el permiso previo y por escrito del autor y editor.

En esta obra las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera de 1995: RV95 © Sociedades Bíblicas Unidas (SBU). También se ha usado la Nueva Traducción Viviente: NTV © Tyndale House Foundation, la Nueva Versión Internacional: NVI © Bíblica, la Traducción en lenguaje actual: TLA © United Bible Societies, la Dios Habla Hoy: DHH © Sociedades Bíblicas Unidas, la Reina Valera Contemporánea: RVC © Sociedades Bíblicas Unidas, la Biblia de las Américas: LBLA © The Lockman Foundation, la Palabra (Hispanoamérica): NBLH © Sociedad Bíblica de España, la Nueva Biblia Viva: NBV © Bíblica, Inc.®, la Reina Valera Actualizada: RVA-2015 © Editorial Mundo Hispano, la Biblia del Jubileo: JBS © Ransom Press International, la Reina-Valera Antigua: RV1909 (Casiodoro de Reina) © American Bible, Versión de Dominio Público.

Tabla de contenido

Prefacio.....	6
Capítulo 1.....	9
El pecado y la tentación	
Capítulo 2.....	29
Las consecuencias del pecado	
Capítulo 3.....	37
La solución divina al problema del pecado	
Capítulo 4.....	43
El evangelio, el juicio y la salvación	
Capítulo 5.....	61
Hacia una teología del juicio divino - I	
Capítulo 6.....	75
Hacia una teología del juicio divino - II	
Capítulo 7.....	89
Jesucristo y el santuario celestial	
Capítulo 8.....	103
El significado del ministerio intercesor de Cristo	
Capítulo 9.....	115
Resumen y conclusión	
Apéndice 1	125
«En los lugares celestiales»	
Apéndice 2	133
La importancia y el rol de nuestras obras	

Prefacio

En este libro, el Dr. Jiří Moskala establece una sólida base para entender el pecado y la salvación al analizar estos temas en las primeras páginas de las Escrituras. Aunque la palabra «pecado» no se usa en Génesis 3, el autor muestra cómo este texto presenta una profunda teología del pecado. Así, el Dr. Moskala revela la dinámica del pecado original y la naturaleza de la tentación. Asimismo, presenta la definición fundamental de pecado a partir de Génesis 3 y señala cómo esta repercute en las definiciones posteriores que se desarrollan a lo largo de las Escrituras.

El Dr. Moskala también expone hábilmente las devastadoras consecuencias del pecado para los seres humanos y las relaciones entre sí, con Dios y con el mundo natural. Del *Protoevangelio* (Promesa del primer evangelio) en Génesis 3: 15 y los otros versículos del capítulo, el autor despliega el extraordinario mensaje de la salvación centrado en el Mesías venidero y su obra de expiación. Asimismo, señala correctamente cómo la teología del pecado y de la salvación en la historia de la caída de Adán y Eva se desarrolla más a lo largo de la Escritura.

Por otro lado, el autor muestra magistralmente el panorama bíblico multifacético del ministerio intercesor de Cristo a favor nuestro en el santuario celestial. El Dr. Moskala también señala la necesidad e importancia de este ministerio de Cristo y resalta las dos características principales de esta obra: 1) revelar y ministrar los misterios de la bondad y el esplendor de Dios a la humanidad, y 2) presentar nuestras necesidades existenciales a Dios para asegurar nuestra salvación. Luego, resume cuatro definiciones básicas del ministerio de Cristo en favor nuestro: Primero,

nuestro Intercesor nos ayuda ante el Padre. Esta obra implica varias funciones de Cristo como el paráclito: 1) está a nuestro lado para ayudarnos en nuestras luchas diarias, problemas y tentaciones; 2) ora por nosotros, impartiéndonos el Espíritu Santo; 3) perfecciona incluso nuestros mejores esfuerzos por los méritos de él y 4) nos da poder para testificar. En segundo lugar, se nos explica cómo Cristo nos salva plenamente a través de su ministerio intercesor, al justificarnos e identificarse con nosotros. Tercero, nuestro Intercesor nos transforma por su divina gracia. Finalmente, Cristo vindica o defiende a su pueblo contra las falsas acusaciones de Satanás. El ministerio de intercesión de Cristo, como se muestra en este libro del Dr. Moskala, es realmente extraordinario.

Desde hace muchos años imparto la clase de Doctrina del Santuario en el Seminario Teológico Adventista de la Universidad Andrews en Michigan, EE. UU. Pero a veces le pido al Dr. Moskala que presente alguna clase en mi lugar, y yo, junto con los estudiantes, en más de una oportunidad hemos quedado más que maravillados con su perspectiva respecto a la teología del juicio divino en la Biblia. Él ha mostrado que el juicio puede ser entendido mucho mejor si se lo dividiera en siete fases, cada uno de ellas en torno a la cruz de Cristo. También ha sido muy significado oír su presentación sobre el significado básico del verbo «juzgar», que en las Escrituras significa ante todo «justificar, salvar, liberar y vindicar». Muchos estudiantes me han dicho que las presentaciones del Dr. Moskala han sido el punto de inflexión en su vida espiritual, ya que finalmente lograron captar una imagen positiva de Dios y de su juicio. ¡Me emociona saber que el material del Dr. Moskala ahora está impreso y disponible para el mundo de habla hispana!

Recomiendo este libro a todos los que buscan una comprensión más profunda sobre el pecado, la salvación, la intercesión y el juicio desde una perspectiva cristocéntrica y con una aplicación práctica para nuestras vidas. Estoy seguro de que las mismas verdades que se presentan en este libro y que me impactaron tan profundamente, tendrán un efecto similar en los lectores atentos y receptivos.

Prepárense para experimentar grandes cambios positivos de paradigma con respecto al asombroso carácter de Dios y, de manera especial, sobre las buenas nuevas del juicio mientras leen este oportuno y significativo libro.

¡Soli Deo gloria!

Richard M. Davidson, PhD

Profesor de Interpretación del Antiguo Testamento

Seminario Teológico Adventista, Universidad Andrews

Michigan, EE. UU.

Capítulo 1

El pecado y la tentación

Las opiniones sobre el mal y la naturaleza humana han influenciado profundamente lo que pensamos respecto al pecado y sus efectos. Los que creemos en Dios, muchas veces somos ingenuos y nos engañamos a nosotros mismos por no considerar seriamente el poder del pecado. Como seres humanos, no podemos cambiar nuestra naturaleza pecaminosa (Sal. 51: 5; Isa. 64: 6; Jer. 13: 23; Rom. 7: 14, 18) y el mal es nuestro enemigo mortal. Además, muchos señalan que hay una fuerza dentro de nosotros mismos y, por lo tanto, creen que seríamos capaces de vencer al pecado y las tentaciones sin la necesidad de una ayuda sobrenatural. Asimismo, otros creen que, si nos esforzamos lo suficiente, podríamos alcanzar la salvación por nuestras propias fuerzas. Las opiniones incorrectas sobre el pecado conducen no solo a la desesperanza, sino también a un falso orgullo y finalmente al perfeccionismo.

Por otro lado, muchas personas evitan hablar del pecado o prefieren considerarlo como un error, problema, tontería, enfermedad, dolencia, desviación, ignorancia u ofensa. Para percibir claramente la naturaleza del pecado, es necesario investigar (una vez más) qué dice la revelación divina sobre la naturaleza del pecado y sus consecuencias, pero para ello nos limitaremos a Génesis 3.

El pecado original y las dinámicas de la tentación

Sabemos del origen del pecado en la tierra porque la Biblia relata su historia. Si bien es cierto que el término «pecado» no aparece en el relato de la caída de Génesis 3, podríamos afirmar que esta historia es la mejor para definir el pecado. Este relato no es un mito o algo ficticio. En realidad, es algo que realmente sucedió y que tiene un profundo significado simbólico, ya que explica la naturaleza del pecado como un paradigma con grandes consecuencias. Aunque a muchos les gusta las explicaciones extensas o en forma de tratados, los autores inspirados de la Biblia prefirieron utilizar historias.

La historia bíblica respecto al *pecado original*—el primer pecado cometido por Adán y Eva en el huerto de Edén— presupone un conocimiento del relato de la creación (Gén. 1–2). Así, se dice que Dios nos creó a su imagen, en un estado prístino que para ese entonces aún no había sido mancillado por el mal. Ese estado colocó a Adán y Eva en el hermoso huerto de Edén. Ser creados a la imagen de Dios (Gén. 1: 27–28) significa que hemos sido creados con la capacidad de comunicarnos y relacionarnos con Dios, y que tenemos la responsabilidad de cuidar la creación divina; de hecho, esta fue la primera responsabilidad de nuestros primeros padres. Este concepto también significa que debemos manifestar el carácter amoroso de Dios en nosotros mismos y hacia los demás. Adán y Eva no fueron creados como pequeños dioses (como se atreven a señalar algunos), sino como personas especiales y únicas a fin de ser una bendición para los demás.

La primera historia de la creación señala que el mundo fue creado sin rastros de pecado al declarar seis veces que todo era «bueno» (Gén. 1: 4, 10, 12, 18, 21, 25). Además, después de haber culminado con la creación física, el relato de la creación culmina con una séptima expresión: «Dios vio que todo lo que

había hecho era bueno» (1: 31). Esto significa que Adán y Eva no tenían una naturaleza corrompida, y que Dios los había dotado con el poder del libre albedrío o la libre elección (Gén. 2: 16-17). Además, ellos estaban «desnudos», pero sin «vergüenza» (2: 25). Esta inocencia era una indicación de que ellos no estaban en pecado. Allen Ross comenta lo siguiente: «Estaban a gusto el uno con el otro, sin temor a ser sometidos por el mal. [...] Dios ha preparado a los seres humanos con capacidad espiritual y asistencia comunitaria, para que puedan servirle y guardar sus mandamientos, y puedan vivir y disfrutar de la generosidad de la creación divina».¹ Sin embargo, Génesis 2: 25 sirve como un *trampolín* que anticipa los cambios en Génesis 3 que describe cómo la armonía, la paz, el amor y el gozo antes de la caída, fueron interrumpidos abruptamente y manchados por el pecado con consecuencias trágicas.

Los seres humanos hemos sido creados en un mundo perfecto sin culpa, vergüenza, miedo, corrupción o muerte, y el relato de la creación señala que hemos sido creados principalmente para: 1) tener una comunión personal con Dios, 2) depender completamente de él, y 3) cultivar la presencia divina en nuestras vidas. Este gozo de vivir cerca a Dios se vio fuertemente disminuido por la desobediencia de nuestros primeros padres.

El relato de la caída también presupone la existencia de Satanás, quien utilizó un disfraz en forma de serpiente. Génesis 3 comienza señalando a la serpiente como una entidad conocida para el lector. La rebelión de Satanás contra Dios antes de que la humanidad cayera en pecado, es mencionada solo en unos pocos textos bíblicos (Job 1: 6-13; Isa. 14: 12-15; y Eze. 28: 11-19). La serpiente en el huerto de Edén fue usada como un medio por

1. Allen P. Ross, *Creation and Blessings: A Guide to the Study and Exposition of Genesis* (Grand Rapids, MI: Baker, 1988), 127.

Satanás, el adversario de la salvación (*cf.* Job 1: 7-9; 2: 2; Mat. 4: 1-11; 2 Cor. 11: 3; Apoc. 12: 7-12; 20: 2).

Es interesante observar que ni la serpiente ni Eva se refirieron a Dios en términos que expresen una relación personal, como presupone el nombre Jehová (*Yhwh*), que usualmente es traducido como «Señor» en algunas versiones modernas de la Biblia. Al contrario, ellos simplemente se dirigieron Dios como un ser trascendente (Gén. 3: 1-5) al usar el término *Elohim*. Esto es comprensible para Satanás porque no existía una relación cercana o pactual entre él y Dios (como presupone el uso de «Jehová»). Sin embargo, es sorprendente que Eva no haya utilizado el nombre Jehová ante la pregunta de la serpiente, ya que Génesis 2-3 coherentemente usan el término «Jehová» para Dios (excepto en el diálogo entre la serpiente y Eva), lo cual puede indicar que Eva minimizó el aspecto personal de su relación con el Señor.

Por otro lado, el relato de la caída comienza con tres hechos sorprendentes. Primero, se observa a una serpiente que habla. Esto es un fenómeno muy inusual que podría haberle indicado a Eva que esa criatura tenía un poder extraordinario, que era una criatura de otro mundo. En la Biblia, solamente en una ocasión más se observa a un animal hablando: el asno de Balaam (Núm. 22: 28-32). Sin embargo, existe un contraste sorprendente entre estas dos criaturas: la boca del asno fue abierta por el Señor, pero no la boca de la serpiente. Es más, esta serpiente habló directamente en contra del mandato que Dios había dado. Segundo, la serpiente se dirigió a la mujer. El texto no señala explícitamente la ubicación de Adán, pero el relato sugiere que Eva caminaba sola y sentía curiosidad por el árbol prohibido. Tercero, aunque la serpiente sabía de forma exacta lo que Dios había dicho previamente en el huerto de Edén (Gén. 2:16-17), no tuvo temor y contradijo directamente el mandato divino. La

serpiente se dedicó a una actividad engañosa, aunque nunca obligó a Adán y Eva para que comer el fruto prohibido. ¡Satanás conoce el arte de la seducción!

El relato de la caída registra la declaración de la serpiente (Satanás) cuando le preguntó a la mujer «¿Conque Dios os ha dicho: “No comáis de ningún árbol del huerto”?» (3: 1). Es interesante observar que (hasta ahora en el libro de Génesis), cuando Dios habla, él se expresa de forma directa y con autoridad, sin utilizar preguntas. Pero cuando Satanás habla, usa preguntas para desafiar la palabra y la autoridad divina («¿Conque Dios os ha dicho...?»). Si uno considera esta frase como declarativa, entonces tendría el sentido de cuestionar el mandato y la autoridad de Dios con una fuerza incluso mayor. E. A. Speiser declara: «La serpiente no está haciendo una pregunta; está distorsionando deliberadamente una realidad».² Por lo tanto, necesitamos plantearnos la siguiente pregunta: ¿Cuál era el propósito de esta contundente pregunta que formula un poderoso ataque contra Dios?

La mejor manera de descubrir el objetivo de Satanás, es comparar su pregunta con el mandato preliminar de Dios. Al principio, el Creador dio dos mandatos: El primero fue positivo y el segundo fue negativo (Gén. 2: 16-17). Primero, Dios creó un ambiente que garantizaba la libertad a los seres humanos: «Puedes comer libremente del fruto de cualquier árbol del huerto» (vers. 16, NTV). Así, Dios ordenó la libertad. Él creó a Adán y Eva como seres morales libres, pero para que ellos pudieran disfrutar de esa libertad, ser felices y crecer en un ambiente saludable, necesitaban aceptar los límites dados por Dios. De ahí que Dios dio una restricción en el segundo mandato: «pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás» (vers. 17).

2. E. A. Speiser, *Genesis*, The Anchor Bible (Garden City, NY: Doubleday, 1981), 23.

El don de la libertad presupone el libre albedrío. Los seres humanos siempre deberíamos reconocer que hemos sido creados. Necesitamos cultivar una total dependencia de Dios. La generosidad divina había sido explicada claramente cuando Dios dijo que *de todo lo que había creado... excepto un fruto*. Para asegurar su libertad, Adán y Eva debían respetar los límites que fueron establecidos por Dios. ¡Y lo mismo deberíamos hacer nosotros hoy! Incluso en un mundo perfecto hay límites que deben ser respetados, porque la disciplina es un aspecto crucial de la vida. Los seres humanos necesitamos aceptar que no somos dioses. Al aceptar los límites, Adán y Eva eran libres; tenían un espacio seguro en el que podían crecer y desarrollar no solo su verdadera humanidad, sino también la imagen de Dios con la que fueron creados.

El objetivo de Satanás era algo más que una simple invitación al diálogo. Él quería lograr algo más que solo crear dudas. De hecho, las dudas vendrían como resultado de sus tácticas engañosas. Satanás solo podía tener éxito si era capaz de crear una imagen distorsionada de Dios. Por lo tanto, su objetivo principal era crear una falsa imagen de Dios, de su carácter e intenciones. Como consecuencia, Adán y Eva tendrían un pensamiento erróneo sobre Dios.

Satanás sabía que, si tenía éxito y lograba la victoria en la mente de los seres humanos, ganaría la lealtad de ellos ya que la vida espiritual depende de tener una imagen correcta de Dios. La manera en que percibimos a Dios determinará quienes somos y cómo nos comportamos. ¡Y eso Satanás lo sabe muy bien! Por lo tanto, él hizo y está haciendo todo lo posible para distorsionar nuestra comprensión del carácter divino. Se esfuerza por colocar a Dios en una falsa luz, porque sabe que los seres humanos estamos dispuestos a hacer algo en contra de Dios si no lo vemos como un ser amoroso, bondadoso, compasivo, misericordioso y

como el garante de la libertad. ¡Las dudas aparecen solo cuando la confianza se rompe!

Así, Satanás sabe dónde atacar primero, y lo hace contra el carácter de amor de Dios. Cuando una persona da el primer paso hacia la dirección equivocada, se embarca en una pendiente resbaladiza con un final inevitable: dudar de la bondad de Dios y de la pureza de sus intenciones. Inevitablemente, esto resulta en que la persona se encuentre gradualmente en el abismo de la destrucción.

Por ello que la vida eterna consiste en conocer a Dios (Juan 17: 3), pero lamentablemente las personas están muriendo por falta de ese conocimiento (Ose. 4: 6; 5: 4). ¿Por qué un Dios que creó a los seres humanos como seres dependientes de la comida, que les dio un sentido de la estética y millones de papilas gustativas, que creó una variedad de frutas agradables y atractivas, prohibió a Adán y Eva comer de un fruto en particular?

La confianza es el elemento esencial y fundamental de toda relación importante. Es una característica sin la cual nada podría funcionar correctamente. Confiamos solo en una persona que conocemos, que tiene en mente nuestros mejores intereses, que nos ama y se preocupa por nosotros, que es generosa y que entiende nuestros corazones. Satanás quiere romper esta relación de confianza entre Dios y la raza humana, pero para hacerlo, necesita crear una imagen distorsionada de Dios. Si Satanás siembra ese «virus» en la mente de las personas, tendrá éxito y su obra se habrá consumado. Nos volveríamos contra Dios como resultado de cuestionar sus palabras, su autoridad y nuestra relación con él. Así, cuando se pone en tela de juicio una relación amorosa, la desconfianza comienza a manifestarse y crea frutos destructivos. ¿Por qué? Porque al crear una imagen falsa de Dios, a Satanás le es más fácil plantar semillas de duda que inevitablemente acabarán con la confianza en Dios.

Eva, en lugar de huir de la situación que enfrentaba (una reacción para nada equivocada [Gen. 39: 12]), trató de defender a Dios. Este fue un error fatal porque una persona no podría salir victoriosa si hablara con el diablo, el padre de la mentira. En su intento por defender a Dios, Eva no lo citó correctamente. Alteró las palabras divinas y la interpretación que le dio a esas palabras se convirtieron en una trampa para ella. Las pequeñas alteraciones que hizo Eva dan algunos indicios de lo que estaba sucediendo en su mente durante ese trágico momento.

El diálogo de Génesis 3 entre la serpiente y Eva es «la primera conversación acerca de Dios».³ Walter Brueggemann lo explica de la siguiente manera: «Dios es tratado como una tercera persona. No es parte de la discusión, sino el objeto involucrado de la discusión. Esto no es hablar *a* Dios o *con* Dios, sino *acerca de* Dios. Ellos han convertido a Dios en un objeto».⁴ Phyllis Tribble resalta que «la serpiente y la mujer estaban hablando de teología».⁵ Hablaban de Dios, pero «nunca se refirieron a él por su nombre sagrado, Jehová [*Yhwh*], sino solo como “Dios” [*Elohim*]. Esto establecía una distancia que caracterizaba la objetividad e invitaba a la desobediencia».⁶ Por su lado, Tryggve N. D. Mettinger afirma: «Un tema que tiene un rol central en la historia y que impregna el texto en sentido general, es el de los mandatos divinos. [...] La historia se centra en una prueba que se les ha dado a los dos primeros seres humanos».⁷ Esto es una referencia a las palabras y a la naturaleza del mandato divino que aparece en Génesis 2.

3. Dietrich Bonhoeffer, *Creation and Fall* (London: Collins, 1959), 70.

4. Walter Brueggemann, *Genesis: A Bible Commentary for Teaching and Preaching* (Atlanta: John Knox Press, 1982), 48. Cursiva en el original.

5. Phyllis Tribble, *God and the Rhetoric of Sexuality* (Philadelphia, PA: Fortress, 1985), 109.

6. *Ibid.*

7. Tryggve N. D. Mettinger, *The Eden Narrative: A Literary and Religio-Historical Study of Genesis 2-3* (Winona Lake, IN: Eisenbrauns, 2007), 26, 27.

Por otro lado, es notable observar que Eva, al hablar de Dios, se refiere a él solo como *Elohim* (Gén. 3: 3). Ella no habla acerca del Altísimo de una manera más personal, usando el nombre pactual «Jehová» (*Yhwh*). De esta forma, Eva se aleja de su Creador como se sugirió anteriormente. Además, ella hizo cuatro cambios al mandato explícito del Señor:

1. En lugar de resaltar la plena libertad que tenía de comer y disfrutar del fruto de «todo» (Gén. 2: 16) árbol que estaba en el huerto de Edén, ella suprimió el «todo» y dijo que solo se podía comer «del fruto de los árboles del huerto» (Gén. 3: 2).
2. En lugar de hablar de la naturaleza del árbol prohibido («árbol del conocimiento del bien y del mal» [Gén. 2: 17]), ella señaló la ubicación geográfica («que está en medio del huerto» [Gén. 3: 3]). Este árbol prohibido se había convertido en el asunto más importante en lugar del árbol de la vida que también estaba situado en el centro del huerto (Gén. 2: 9).
3. Ella añadió palabras a lo que Dios había declarado sobre el fruto prohibido: «no deben ni tocarlo» (Gén. 3: 3, TLA). Indudablemente, esta es una interpretación correcta de lo que el Señor había dicho, porque si uno no debía comer el fruto prohibido, entonces tampoco podía acercarse para admirarlo, meditar sobre él, olerlo, tocarlo, o danzar alrededor de él. Pero al exagerar y añadir aquellas palabras, puede que se haya dado cuenta de que su experiencia empírica (lo que vio con sus propios ojos) contradecía la palabra de Dios ya que la serpiente estaba en el árbol, tocando el fruto pero sin morir.

4. Ella hizo una pequeña pero significativa alteración a la declaración divina: «*ciertamente* morirás» (Gén. 2: 17, cursiva añadida). Ella hizo menos grave esta declaración al simplemente decir: «muráis» (Gén. 3: 3). Omitió una palabra muy importante en este relato: *ciertamente*. ¿Esta es una evidencia textual de que ella cuestionó la certeza de la muerte después de haber desobedecido? Quizás, Eva concluyó que la muerte no era el inevitable resultado de transgredir el mandato divino.

En consecuencia, Eva concluyó que había aparentes contradicciones entre su experiencia empírica y la palabra de Dios. Una interpretación incorrecta de la Palabra de Dios puede llevarnos a situaciones difíciles con consecuencias fatales. De hecho, cuando Eva llegó a esta situación, sus dudas y preguntas se hicieron más intensas y esto creó desconfianza. Después y solo después de esta situación, la serpiente fue capaz de hacer un ataque directo contra Dios. Satanás utilizó una declaración que contradecía lo que el Creador había declarado respecto al fruto prohibido. El Señor dijo: «porque el día que de él comas, *ciertamente morirás*» (cursiva añadida). Pero Satanás declaró con audacia: «Ciertamente *no* moriréis» (Gén. 3: 4, LBLA). Aquí, él utilizó la misma estructura sintáctica de Dios para expresar certeza en su rotunda declaración, pero la invirtió al insertar un contundente «*no*». La conversación, que comenzó con una sutil cuasipregunta sobre la prohibición de Dios, se convirtió en una total «negación de las consecuencias de la desobediencia».⁸ Satanás negó de manera categórica las consecuencias del pecado y falsamente prometió la inmortalidad. Ahora, Eva se enfrentó a una decisión crítica: ¿En quién confiaría, en Dios o en la serpiente? ¿Debería seguir a la

8. Ross, *Creation and Blessings*, 135.

palabra del Señor, o a la palabra de la serpiente que contradecía lo que Dios había mandado?

Esta fue una oportunidad para que la serpiente actuara e insertara su interpretación. Con su ataque, trajo dos ofertas: «serán abiertos vuestros ojos» y «seréis como Dios, conocedores del bien y el mal» (Gén. 3: 5). El pecado nunca es presentado a los seres humanos como una pérdida. Al contrario, es presentado como una ganancia. Sin embargo, el pecado es como un espejismo en el desierto. Un viajero sediento irá tras él, pero al final solo le producirá desilusión, decepción y muerte. Puede parecer que el pecado trae algo mejor, una solución a un problema o satisfacción; pero en realidad, todos los encantos del pecado desaparecen porque son simples ilusiones. En última instancia, ambas ofertas de Satanás resultaron ser falsas porque se fundamentaron en el engaño y la ilusión.

«Cuando coman de ese árbol» no morirán —insistió la serpiente—, sino que «[...] llegarán a ser como Dios» (Gén. 3: 5, NVI). Esta «ganancia» específica elevaría a los seres humanos al nivel más alto de su existencia. Así, Dios ya no sería capaz de guardar ciertos secretos para ellos. Sutilmente, Satanás sugirió que el fruto prohibido tenía un poder único y que era similar al fruto del árbol de la vida que les daría acceso a lo desconocido y misterioso. La inmortalidad de Adán y Eva adquiriría una nueva dimensión que sería asegurada por el acto de comer del árbol del conocimiento del bien y del mal. Ellos fueron creados como seres mortales (Gén. 2: 7), pero con el potencial para alcanzar la inmortalidad cuyo fundamento es la obediencia a los mandamientos de Dios (Gén. 2: 9, 17; 3: 22-24). Sin embargo, en ese momento, ellos querían garantizar para sí mismos el don de la inmortalidad, algo que pertenecía y estaba reservado como prerrogativa únicamente para Dios.

Satanás quería crear en Eva el deseo de algo mejor, un sentimiento de deficiencia. Él la convenció de que le faltaba algo importante que la haría mejor, más sabia y más capaz. Le sugirió que carecía de libertad y autosuficiencia, y que merecía más de lo que poseía. Satanás deseaba crear un vacío en Eva y se propuso que, si lo conseguía, ella sería realmente feliz. También le dijo que Dios le estaba ocultando algo y que le había quitado la libertad, como si Dios estuviera omitiendo alguna información o dones que pudieran llevarla a la felicidad definitiva.

Satanás también afirmó conocer el motivo detrás de la prohibición de comer del árbol del conocimiento del bien y del mal: «Pero Dios sabe que el día que comáis de él serán abiertos vuestros ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y el mal» (Gén. 3: 5). Satanás describió a Dios como una Deidad celosa, egocéntrica y autónoma, que retenía el bien supremo únicamente para él mismo. Ross ha explicado este hecho elocuentemente:

«Adán y Eva vivían en un ambiente que Dios mismo había declarado “bueno”. Sin embargo, ahora se les hacía creer que existía un bien mayor que se les estaba ocultando, que de alguna manera podían hacer que su vida fuese mejor. [...] Al poner en duda la integridad de Dios, la serpiente los motivó a pecar, con la promesa de ser iguales a Dios. La idea de llegar a ser como Dios tiene un atractivo casi irresistible».⁹

Eva fue seducida por la serpiente y cayó en la trampa. Ella deseó lo que no le pertenecía y anheló conseguir lo que nunca debía obtener.

9. Ross, *Creation and Blessings*, 135.

Génesis 3: 6 revela que Eva se dedicó a la meditación incorrecta, a analizar la realidad y a pensar en el fruto prohibido (el texto hebreo usa el término *ra'ah*, traducido como «ver»). Eva no era ciega. Este verbo sugiere una intensa lucha interna y actividad intelectual. En su mente, «vio» que comer del árbol prohibido era rentable en tres niveles diferentes: «bueno para comer», «agradable a los ojos» y «deseable para alcanzar la sabiduría» (Gén. 3: 6).

El pecado siempre comienza en la mente. Primero hay una batalla que se debe ganar en nuestros pensamientos. Esta batalla está apoyada o contradicha por los sentimientos, deseos e imaginación. Eva observó el fruto prohibido, pensó en él y luego tomó su decisión. Satanás prometió placeres inexplorados, un gran futuro y un conocimiento superior. Apeló a las dimensiones físicas, emocionales y espirituales de la vida al relacionar el fruto prohibido con la belleza y la sabiduría. Los «beneficios del pecado», sin embargo, son como un castillo de oro en un cuento de hadas: no son reales. Solo existen en una tierra de fantasías y conducen a decisiones equivocadas. «La atención de Eva se centró en los beneficios del fruto e ignoró el mal que trae la desobediencia».¹⁰

Cuando Eva perdió de vista la verdadera imagen del Dios amoroso y misericordioso, esto creó dudas y contradicciones que parecían carecer de respuestas respecto a la palabra de Dios; finalmente, aceptó la oferta de la serpiente: «Lo tomó y comió». La desconfianza resultó en un acto visible de desobediencia. Cuando una relación amorosa se quebranta, entonces la palabra/ley de Dios también se quiebra. Adán y Eva no fueron forzados por Satanás para que comieran el fruto prohibido o para desobedecer a Dios. Ellos cometieron una acción voluntaria y se enfrentaron a un gran dilema. Debían decidir quién tenía la razón y en quién confiarían: en Dios y su palabra, o en la serpiente (el yo, los ojos,

10. Ross, *Creation and Blessings*, 135.

los propios sentimientos y experiencia). Detrás de esta lucha y agonía, hay una cuestión fundamental, a saber, confiar o no en Dios. Por lo tanto, en el centro de cada tentación se encuentra una pregunta crucial: «¿En quién confiaremos?» Malentender el carácter de Dios produce un pensamiento erróneo que puede llevarnos a tomar malas decisiones.

Definiciones de pecado

Génesis 3 describe el pecado principalmente en términos teológicos y relacionales, ya que el pecado está dirigido contra Dios el Creador y lo que él representa. David expresó su comprensión del pecado elocuentemente, después de que entendió la naturaleza de sus propias acciones pecaminosas en su adulterio con Betsabé: «Contra ti [Dios mío], contra ti solo he pecado; he hecho lo malo delante de tus ojos» (Sal. 51: 4). José enfatizó la misma convicción cuando rechazó acostarse con la mujer de Potifar: «Mi patrón no me ha negado nada, excepto meterme con usted, que es su esposa. ¿Cómo podría yo cometer tal maldad y pecar así contra Dios?» (Gén. 39: 8, NVI).

En la Biblia, especialmente en el Antiguo Testamento, la devastadora naturaleza del pecado está atestiguada por una amplia y significativa terminología. De hecho, este rico vocabulario bíblico demuestra la complejidad del pecado. Hay tres palabras que describen el pecado de manera contundente:

1. *Hattab*: «no alcanzar el objetivo», «desviarse de un camino recto» o «extraviarse de un camino justo» (la palabra griega *hamartía* expresa la misma idea).
2. *Awon*: «transgresión», «perversidad», «maldad» o «iniquidad».
3. *Pésba*: «rebelión» o «revuelta/torcer».

Dios perdona el pecado y las transgresiones (*cf.* Exo. 34: 6; Sal. 32: 1-2; Isa. 53: 5-6, 8-12). Además de los términos principales mencionados anteriormente, la Biblia usa otros términos para describir la complejidad del pecado y nuestra naturaleza pecaminosa. El vocabulario adicional incluye mal, culpa, impureza, engaño, deshonestidad, falsedad, ofensa, abominación, profanación, perversión, deshonestidad, error, injusticia, arrogancia, fracaso, etcétera.

Se podría resumir esta terminología bíblica en cinco definiciones principales. Estas son construidas y desarrolladas sobre la teología del pecado según Génesis 3.

1) El pecado implica una relación quebrantada con Dios. Es un intento de vivir sin Dios, su autoridad y su ley. Por lo tanto, el pecado es la de-creación, la destrucción de la maravillosa creación divina. El pecado revierte los propósitos de la vida para los que fuimos creados (véase el primer relato de la creación de Génesis). El pecado destruye nuestra comunión con Dios, cuya base es la confianza, y nos aleja de la presencia del Señor. Al vivir en pecado, las personas dejan de confiar en Dios. Esto los lleva a tomar sus propias decisiones respecto a que está bien y que está mal. En otras palabras, el pecado viene como resultado de rechazar la autoridad divina y de negarse a reconocer a Dios como el Creador del universo.

Las definiciones de pecado, de acuerdo con Génesis 3, son desarrolladas por Pablo en el Nuevo Testamento. Él dijo: «Todo lo que no proviene de fe, es pecado» (Rom. 14: 23). La fe implica una relación de confianza con Dios y romper esa relación de fe es pecado (Mal. 2: 10-11). Un claro ejemplo de esto se encuentra en Números 20: 12, donde Dios le dijo a Moisés lo siguiente: «Por no haber confiado en mí, ni haber reconocido mi santidad en presencia de los israelitas...» (NVI). El pecado no es más que desconfianza e

incredulidad en Dios, lo que produce un rechazo a la santa ley divina. Ted Peters expresa esta idea correctamente al decir: «En el centro de todo pecado está la falta de confianza en Dios. El pecado es nuestra falta de voluntad para reconocer que hemos sido creados y para reconocer nuestra dependencia del Dios misericordioso». ¹¹

Aunque la Biblia presenta más definiciones sobre el pecado, en realidad son un desarrollo de las definiciones que ya hemos presentado. Todas las demás explicaciones bíblicas surgen de la comprensión principal que se da en el relato de la caída (Gén. 3).

2) En la Biblia, el apóstol Juan nos da una definición bien conocida sobre el pecado: «Todo aquel que comete pecado, *infringe* también la Ley» (1 Juan 3: 4, cursiva añadida). Aquí se utiliza la palabra griega *anomia*, que literalmente significa «ilegalidad». Esta definición está enraizada en Génesis 3: «¿Acaso has comido del árbol del cual yo te mandé que no comieras?» (vers. 11), que también indica que la desobediencia es el resultado de no respetar los mandatos divinos. De esta manera, el pecado es una rebelión arrogante contra Dios. Implica un contundente rechazo a la palabra, voluntad y autoridad divina. Esto fue bien explicado por Samuel al rey Saúl: «La rebeldía es tan grave como la adivinación, y la arrogancia, como el pecado de la idolatría. Y, como tú has rechazado la palabra del Señor, él te ha rechazado como rey» (1 Sam. 15: 23, NVI). «Vale más obedecerlo y prestarle atención [al Señor] que ofrecerle sacrificios» (1 Sam. 15: 22, DHH). ¡Vivir en pecado significa vivir sin Dios y no cumplir su voluntad!

3) El pecado es un estado con el que nacemos. Esto ya se observa en Génesis 5: 1-3 cuando se afirma que Adán fue creado a la imagen de Dios, pero Set nació a la imagen de Adán, su padre. La diferencia entre Adán (Gén. 1) y Set (Gén. 5) puede ser

11. Ted Peters, *Sin: Radical Evil in Soul and Society* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1998), 8.

explicada por el evento que produjo este cambio: la caída en pecado (Gén. 3). Como resultado del pecado de Adán y Eva, la naturaleza humana fue corrompida y su descendencia nació con una naturaleza pecaminosa. Así lo describió David: «En maldad he sido formado y en pecado me concibió mi madre» (Sal. 51: 5). También, en el Salmo 58: 3, David se refirió a la actitud equivocada de los malvados: «son pecadores de nacimiento, desde que nacieron mienten y siguen su propio camino». El pecador no considera a Dios en sus decisiones, a pesar de que el pecador sea como trapos de inmundicia (Isa. 64: 6). Nuestros corazones están pervertidos y no tienen remedio (Jer. 17: 9). Pareciera que hay un camino recto y justo para los malvados, pero en realidad su destino es la muerte (Prov. 14: 12). Los seres humanos no pueden cambiar su naturaleza, así como un leopardo no puede cambiar su piel (Jer. 13: 23). Sin excepciones, todos nacen como pecadores (Ecle. 7: 20; Rom. 3: 2-3), temerosos y distanciados de Dios, y muertos en sus pecados (Gén. 3:10, Efe. 2: 1, 12, 19).

El apóstol Pablo ha explicado bien este punto:

«No entiendo lo que me pasa, pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco [...] Yo sé que en mí, es decir, en mi naturaleza pecaminosa [lit. “en mi carne”], nada bueno habita. Aunque deseo hacer lo bueno, no soy capaz de hacerlo. De hecho, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero. Y, si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí» (Rom. 7: 15-20, NVI).

El pecado está en nuestra naturaleza humana. No somos *un* pecado, sino que nacemos con una naturaleza pecaminosa y, por consiguiente, estamos separados de Dios y en constante necesidad de salvación. Como pecadores, amamos y fabricamos pecado, y

nuestra naturaleza pecaminosa se caracteriza por el egoísmo, las tendencias y las inclinaciones a hacer el mal. El poder del pecado nos esclaviza (Rom. 5: 6; 6: 6-7). Por lo tanto, todo está afectado y corrompido por el pecado.

El apóstol Santiago ha señalado la misma verdad cuando explicó que «cada uno es tentado cuando sus propios malos deseos lo arrastran y seducen. Luego, cuando el deseo ha concebido, engendra el pecado; y el pecado, una vez que ha sido consumado, da a luz la muerte» (Sant. 1: 14-15, NVI). De acuerdo a Santiago, el pecado o la tentación comienza con nuestra naturaleza pecaminosa. No somos culpables por nuestra naturaleza, sino por dejar que el pecado nos arrastre, nos condene y nos aleje de Dios (cf. Juan 3: 36; Efe. 2: 1-3). ¡Somos culpables cuando jugamos y cedemos a los malos deseos!

4) Pecado también es saber hacer lo bueno y no hacerlo (Sant. 4: 17) debido a nuestra indiferencia, apatía o tibieza (Apoc. 3: 15-18). No basta con abstenerse de hacer el mal. El *pecado de omisión* nos lleva al *pecado de comisión*, a acciones incorrectas o a la inactividad. Esto ocurre cuando las personas se aman más a sí mismas que a Dios y a su creación. Por lo tanto, esta actitud conduce a muchos pensamientos pecaminosos y a un comportamiento inadecuado. Pero la verdadera religión consiste en hacer lo que es bueno, correcto y provechoso (Miq. 6: 8; Juan 5: 29; Tito 3: 8; Sant. 1: 27a; cf. Fil. 4:5-6). ¡El cristianismo es una religión que se mantiene siempre en acción! Dios mismo es un ser viviente en acción y él desea seguidores visionarios y proactivos. No basta con confesar la fe. ¡Hay que hacer buenas obras porque ellas son importantes! (Gál. 5: 4; Sant. 1: 27).¹² Por lo tanto, conocer la verdad y practicarla siempre deben ir de la mano.

12. Sobre el rol de nuestras obras, véase el Apéndice 2 en esta obra. Cf. Jiří Moskala, «Are Good Deeds—Well, Good?», *Ministry* 91, n° 5 (2019): 5.

5) Jesucristo dijo: «Cuando el Espíritu venga, hará que los de este mundo se den cuenta de que no creer en mí es pecado» (Juan 16; 8-9, TLA). Rechazar a Cristo es pecado, porque Jesús es la única solución para nuestras vidas pecaminosas. Los seres humanos no pueden ayudarse a sí mismos, curar el pecado o curar su propia transgresión. ¡Cristo es el único Salvador del mundo y la única persona que puede hacer eso! (Hech. 4: 12; Rom. 8: 1; 1 Juan 5: 12-13). Por lo tanto, pecado es rechazar la muerte y obra de Cristo en nuestro favor, ya que él es el único que puede rescatarnos de la esclavitud del pecado. Esta verdad puede ser expresada de una manera diferente: las personas no serán condenadas a muerte eterna en el juicio final solo por ser pecadores (¡todos somos pecadores!). Al contrario, serán condenadas por haber rechazado a Cristo y por negarlo como la única solución para sus vidas pecaminosas. Aquellos que rechacen al «Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Juan 1: 29), «se hundirán en la desgracia» (Prov. 24: 16; *cf.* Juan 3: 36).

